

María y la Iglesia Latinoamericana

según el documento de Puebla

*Sor Luisa Mercedes Duarte V.**

Introducción

Cuando en enero de 1979 el Papa Juan Pablo II inauguraba la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, expresaba su alegría y su esperanza en la proyección evangelizadora de esta asamblea, realizada bajo la mirada maternal de la Virgen María patrona de América. Luego, en la homilía pronunciada en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, imploraba de ella, el descenso del Espíritu que hiciera ver a la Iglesia los caminos de la evangelización que le permitieran hacer renacer en el continente nuevamente la fe.

Hoy diez años después de la conferencia de Puebla y en vísperas de la conmemoración de los quinientos años de evangelización del continente, la realidad de América Latina, des-

mejorada, tanto o más que en 1979, pide que se vuelva de nuevo a María, para que ella implore la acción del Espíritu que ilumine y acompañe el camino de la reevangelización de estos pueblos.

La mariología en el documento de Puebla, que se fundamenta en la doctrina de la Constitución *Lumen Gentium* del Vaticano II, inserta a María en el misterio de la Iglesia, de la que es Madre; en el misterio del hombre, del que constituye el prototipo del "hombre nuevo", redimido y liberado por Cristo y en el misterio específico de la feminidad, porque en ella Dios dignificó y exaltó a la mujer en dimensiones insospechadas (cfr. P. 299).

El objetivo de esta reflexión es poner de relieve, según las líneas orientadoras del documento de Pue-

* Dominica de Santa Catalina de Siena. Estudiante de Maestría, Facultad de Teología, Universidad Javeriana.

bla, la significación que para el proceso reevangelizador de los hombres y de los pueblos de América Latina, tiene la presencia femenina-maternal de la Virgen María. Ella, que acompañó a las primeras comunidades cristianas, sigue hoy acompañando a la Iglesia y a las comunidades que luchan por hacer realidad sus anhelos de liberación y de salvación global.

Dimensiones de la Mariología en Puebla

Dentro de un marco cristológico y eclesiológico tradicional en sus contenidos, Puebla consigue dar a la devoción mariana perspectivas nuevas, que la hacen cercana y creíble para el hombre y para la Iglesia latinoamericana.

De esta Mariología surgen cuatro dimensiones: antropológica, cristológica, eclesiológica y paradigmática.

Dimensión antropológica

Uno de los problemas más serios que tiene la mujer para que le sea reconocida su dignidad y su puesto dentro de la humanidad, es el machismo del varón. Este problema está bastante acentuado en América Latina, sobre todo, en los medios más pobres, en los sectores marginados, entre los campesinos y entre los indígenas. Con relación a este machismo anota Antonio González:

“La exaltación machista del varón vacía a la mujer de sus valores, transformándola en símbolo negativo del varón y en objeto de las apetencias sexuales, prepotentes y dominantes del macho”¹.

Dentro de este esquema de machismo, el hombre lejos de dignificar a la mujer como a su compañera, la degrada a la calidad de objeto, que puede usar o dejar según sean sus instintos o sus caprichos. En este tipo de relación no sufre sólo la mujer, sino la humanidad entera, porque se contradice el plan de Dios que ha querido obrar siempre en orden a la salvación de todos y con la participación de todos: varones y mujeres.

En este contexto surge la exigencia de restablecer el equilibrio del binomio varón-mujer.

Una presentación de la Virgen María, como la mujer nueva, plenamente realizada, que supo asumir su rol femenino con libertad y responsabilidad, puede aportar mucho en este proceso de recuperación de este equilibrio.

El diseño de Dios

“Creó Dios al hombre (a la humanidad) a su imagen..., varón y hembra los creó (Gen 1,27). Este relato indica que existe una igualdad fundamental entre el hombre y la mujer.

1. GONZALEZ DORADO, Antonio. *De María Conquistadora a María Liberadora*. Santander (E): Ed. Sal Terrae. 1988, pág. 66.

El varón y la mujer tienen una misma dignidad que les viene por creación, y que por lo mismo, uno y otra están llamados de igual manera a ser reflejo y presencia de Dios en la tierra.

Varón y mujer conforman una pareja que representa la unidad del género humano: "Unidad de vocación, de condición y de destino, de inserción en el plan de Dios, que tiene como horizonte final la realización de la salvación"².

A la mujer, igual que al varón, le corresponde hacerse camino hacia Dios para los demás. La capacidad de ternura, de paciencia y de comprensión que la caracterizan, le ha sido dada, para que ella exprese a través de su ser femenino, la imagen del amor de Dios, que en contacto con el mal y sobre todo con el hombre pecador, se transforma en misericordia y en perdón.

Jesús y la mujer

Es Jesús quien abre el camino para la recuperación de la dignidad de la mujer; en efecto, aunque su actividad estuvo mediada por la cultura de su época, que se presentaba opresora, discriminatoria y antifeminista, sin embargo hay que afirmar que Jesús se apartó de esa mentalidad, para iniciar un proceso liberador de los marginados, de los oprimidos, entre los que se contaba como categoría de primer orden a la mujer.

En el tiempo de Jesús la mujer estaba social y religiosamente marginada: a ella no se le permitía formar parte de una escuela de rabinos, tampoco podía participar en las sinagogas, a no ser como oyente y en un lugar de separación; su vida estaba condicionada al varón en muchos aspectos: en lo social, en lo económico, en lo sexual.

Jesús, en su trato con las mujeres, rompe la tradición judía y las hace objeto de su misericordia, como en el caso de la pecadora (Lc 7, 36-50) o de la adúltera (Jn 7, 53-8, 10); objeto de su compasión, como lo demostró a la mujer encorvada (Lc 13, 10-17) o a la viuda de Naim (Lc. 7, 11-17). También les ofrece su amistad, como lo hizo con Marta y María (Jn 11, 5); les permite seguirlo y asistirlo con sus bienes (Lc 8, 1-3), aunque esto estaba reservado a los discípulos.

Jesús abre a la mujer un camino y un medio para participar en el plan salvífico que trae para la humanidad. Primero es María, su madre, quien con su fiat al anuncio del ángel, entra en el plan salvador de Dios para los hombres; luego también otras mujeres estarán asociadas a la misión de Jesús: son las que permanecen fieles hasta la cruz (Mt 27, 56) y que serán luego testigos de la Resurrección.

La mujer está en la vida de Jesús no sólo como espectadora o receptora pasiva de su amor, de su bondad o de

2. GRELOT, Pierre. *Hombre quién eres?* Cuadernos bíblicos Nº 5, 6a. edición. Estella (Navarra) Ed. Verbo Divino. 1985, pág. 33.

sus beneficios; sino que se convierte en miembro activo y en colaboradora de la misión salvadora de Cristo; es el caso de la samaritana que lleva a sus conciudadanos a creer en Jesús (Jn 4, 39-40) o el caso de María Magdalena, que anuncia a los apóstoles que Cristo ha resucitado (Jn 20, 1-18).

Jesús, con su actitud frente a la mujer, está mostrando a la humanidad, a la Iglesia y sobre todo a la mujer misma, que ella, a semejanza del varón, está llamada a realizar una misión muy concreta y que puede y debe convertirse en un elemento abierto y dinámico dentro del plan salvífico de Dios.

María la mujer

En la epístola a los Gálatas (4, 4) San Pablo dice: "Cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley...".

Cuando vino la plenitud del tiempo, es decir, cuando Dios se ha manifestado a la humanidad, escogiendo un pueblo, educándolo y hablándole por medio de los profetas portavoces "suyos": "muchas veces y de diversas maneras" (Heb 1, 1); se realiza dentro de la historia, la etapa definitiva: "el Padre envía a su Hijo" y lo hace a través del ministerio maternal de María.

Ella es la mujer que lo reviste de la carne humana y que por lo mismo,

entra en el plan de Dios de una manera directa, dándole así, una nueva relación entre Dios y la humanidad.

En esta nueva situación, María como mujer, ayuda a la autocomprensión del ser humano en su relación con Dios y con los demás. María sirve a la humanización del hombre y del mundo, transparentando su rol y su identidad de mujer, en una visión evangélica.

En María, dice el documento de Puebla:

"Dios dignificó a la mujer en dimensiones insospechadas. En María el Evangelio penetró la feminidad, la redimió y la exaltó...

María es garantía de la grandeza femenina, muestra la forma específica de ser mujer, con esa vocación de ser alma, entrega que espiritualice la carne y encarne el espíritu"³.

María es grande, porque es una criatura asumida por Dios en su condición de mujer y porque ella ha dado una respuesta libre a la voluntad del Señor.

María, como creyente y heredera de la Antigua Alianza, participa de la fe y de la esperanza bíblicas.

Ella asume y sintetiza la fe de Abraham y de los profetas; y así como el patriarca, por la fe en la Palabra de Yahvé, salió de su patria "sin saber a

3. Puebla N° 299.

dónde iba”, María en actitud de fe se coloca en las manos de Dios para cumplir su voluntad. Ella encarna la espiritualidad de los pobres de Yahvé, expresada por una actitud de piedad y de expectativa mesiánica, pero también encarna a las futuras generaciones en su afán de justicia y de liberación.

María está en la última etapa de fe del Antiguo Testamento, pero supera esa fe; ella es el puente tendido entre las dos alianzas, es la síntesis de toda la fe del pueblo de Israel y del nuevo pueblo fundamentado en la vida y en el mensaje de su hijo, a quien le estará plenamente unida no sólo por el vínculo de la maternidad, sino principalmente por el vínculo de la fe.

María, además de creyente, es una mujer *libre*; ella tuvo la capacidad de tomar decisiones. Estando desposada y reconociendo sus compromisos, se abrió al misterio de la vida, y aceptó la palabra creadora de Dios, ante el desafío de una realidad y de un conjunto de acontecimientos que estaban más allá de la inteligencia y de la comprensión. Ella, que pertenecía a un pueblo que se hallaba sensibilizado desde antiguo por el tema de la libertad, cuando por el mensaje del ángel descubrió la presencia liberadora de Dios, no dudó en declararse como “la esclava del Señor” y alegrarse, no sólo por ella misma, por la gracia de que era objeto, sino por todos aquellos que esperaban la

liberación de parte del Señor, que mantiene su palabra y es fiel a sus promesas.

Su “fiat” la solidariza con quienes a causa de la opresión de que son víctimas, no tienen libertad de opinar, ni de decidir sobre sí mismos, ni sobre el futuro. María que formó parte de los pobres de su pueblo, que compartió su vida ardua y anónima, se convierte en signo y esperanza de liberación para todos los pobres y sufrientes.

También la opresión que nace de la soberbia y del orgullo de los individuos, de los grupos o de las instituciones, es liberada en María, por su humildad y acatamiento a la voluntad del Señor.

Dimensión cristológica

Sin entrar en un análisis de los relatos de la infancia de Jesús, en donde María está física y espiritualmente unida a su Hijo en el protagonismo de los hechos, no se puede dejar de hacer alusión al relato de la Anunciación, que desarrollado, según Laurentin⁴, bajo la forma literaria de midrash, constituye uno de los textos fundamentales del Nuevo Testamento, y es el que introduce toda la revelación sobre la Virgen María, mostrando cómo su valor personal está en íntima relación con Cristo.

La anunciación

En el Evangelio de Lucas se lee: “¡Alégrate María, el Señor está contigo!” (Cfr Lc 1, 28).

4. MORI, Elios G. citando a Laurentin René en “Diccionario Mariológico”. Voz: Anunciación del Señor, pág. 146.

La invitación a la alegría hace eco a las antiguas profecías: "Alégrate, hija de Sión, porque Yahvé tu Dios, está en medio de ti" (Sof. 3, 14; Zc 9,9). El motivo de la alegría en uno y otro caso es el mismo: la presencia de Yahvé.

La hija de Sión, a la cual se referían los textos proféticos, es realmente María. En ella se condensan no sólo las esperanzas de todo Israel, sino de toda la humanidad, representada en Israel. Para Sión era sólo el anuncio de una realidad cercana, para María es el cumplimiento de las promesas, es un presente inmediato. La Buena Nueva anunciada al pueblo elegido, al resto de Israel, ha llegado ya. A María le corresponde alegrarse, porque Dios en ella visita a su pueblo. "Has encontrado gracia ante Dios. Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús" (Lc 1, 30-31). También de otras personajes del Antiguo Testamento se dijo que habían encontrado gracia ante Dios: Noé, Moisés, David; pero esto se les manifestó de manera indirecta. Sólo a María se le dice directamente que ha hallado gracia ante Dios.

Encontrar gracia es ser objeto de predilección, es ser elegido para una misión muy particular. María es elegida para ser la Madre de Jesús, el Mesías, el enviado de Dios.

El saludo del ángel y el anuncio de la concepción de un hijo suscita en María una emoción que la hace exclamar: "¿Cómo será esto, si yo no conozco varón?" (Lc 1, 34), y la res-

puesta no se hace esperar: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra..." (Lc 1, 35). El Espíritu que descende sobre María, es la fuerza creadora de Dios, es el espíritu principio de vida, que crea la vida de este hijo único: hijo del Altísimo e hijo de María.

La presencia de Yahvé en el Antiguo Testamento estaba indicada por la nube que cubría el tabernáculo o el templo, ahora cubre a la Virgen para que sea la morada de su hijo, para que se cumplan las promesas hechas a los patriarcas y selladas con la Alianza.

La respuesta de María abrirá otra etapa en la historia de la salvación; está próximo el cumplimiento de lo anunciado por el profeta: "He aquí que días vienen —oráculo de Yahvé— en que yo pactaré con la casa de Israel una nueva alianza..." (Jer 31, 31). En Jesús, el niño que el ángel le acaba de anunciar a María, Dios sellará la Nueva Alianza con toda la humanidad; una alianza que no será destruida ni cambiada ya nunca más.

El mensajero de Dios espera una respuesta de María y ella pronuncia sus palabras de aceptación: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). María se pone en actitud de servicio, ella se adhiere a la voluntad de Dios, manifestada por medio del ángel. Con María y en María por su hijo, se realiza la nueva alianza entre Dios y los hombres.

María es grande, porque fue asociada como ninguna otra persona al misterio de Dios. Fue invitada a la alegría mesiánica como verdadera hija de Sión, que recibió el favor de Dios. Puede llegar a ser madre, porque “ha econtrado gracia ante Dios”.

María está en el vértice del Antiguo Testamento, cuando las promesas hechas a Abraham, a David y a sus descendientes se convierten en realidad. Ella es el lugar privilegiado de la manifestación de Yahvé; el hijo de Dios será visto, escuchado y palpado, porque se encarnó en el seno de María.

María creyente y fiel discípula de Jesús

Para María la gracia de su maternidad y de su asociación a la obra de Cristo, no se presenta como un privilegio o un milagro, sino como un compromiso y un servicio a Jesús y a sus hermanos.

Las citas, que los evangelios traen sobre la presencia de María en la vida pública de Jesús, descubren toda la grandeza de la maternidad de María. Estos relatos, en relación con los relatos de la infancia, muestran en ella un crecimiento, que la hace superar los vínculos de la sangre, para convertirse por su fidelidad en la más auténtica discípula de Jesús y cumplidora de la palabra del Señor.

El evangelio de Lucas trae dos episodios; el primero: “Le anunciaron: “Tu madre y tus hermanos están ahí

fuera y quieren verte’...” (Lc 8, 20). En el texto de Marcos, paralelo al de Lucas, se precisa la intención de la familia de Jesús: lo buscan para llevarle, porque piensan que está loco (cfr. Mc 3, 20-21). Juzgan que está loco, porque anuncia entre las gentes cosas que se oponen a las viejas tradiciones de su pueblo.

Lucas mucho más reverente en lo que respecta a la familia de Jesús —especialmente a María— omite el motivo de la presencia de los parientes de Jesús. Sin embargo, también parece que los parientes quieren monopolizar a Jesús, utilizando los privilegios que les ofrece su parentesco. En ese contexto se comprende la respuesta: “Mi madre y mis hermanos son éstos: los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica” (Lc 8, 21).

Frente al parentesco de la sangre, Jesús funda las bases de la nueva familia de su reino, en la que toman parte aquéllos que reciben y cumplen su palabra.

El mensaje de Jesús se centra en estos rasgos: “escuchar la palabra”, es decir, estar abierto al don de Dios, que ha sido ofrecido por Cristo; y “cumplirla”, traducir con la vida que se la ha escuchado. No se demerita a María; al contrario, estas palabras responden a su actitud y a su vida: ella escuchó la palabra de Dios, persevera en esa escucha y la pone en práctica. En María se realizan las condiciones para ser no sólo “pariente”, sino la verdadera discípula de Jesús.

En un segundo episodio, Lucas describe el sentimiento de una mujer del pueblo que al oír hablar a Jesús exclama: "Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron". Pero Elles dijo: 'Dichosos más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la guardan'" (Lc 11, 27-28). La mujer del pueblo alaba sobre un plano de simple biología: María viene a convertirse en un vientre fecundo y unos pechos generosos. Esa palabra se mantiene sobre el campo del Antiguo Testamento, donde la mujer es ante todo la que engendra hijos al marido.

La respuesta de Jesús hace suponer que la verdadera bienaventuranza se realiza en un plano diferente: allí donde se escucha la palabra de Dios y se vive en su misterio de gracia y de exigencia. Precisamente en este plano de gracia y de escucha a la voluntad de Dios, es donde se realiza la bienaventuranza de María.

Las palabras de Jesús no sólo hacen referencia a su Madre, también están indicando que la dignidad de la mujer, de toda mujer, está por encima de las limitaciones y esclavitudes antiguas o modernas, que los diversos contextos culturales le han impuesto. La mujer no se reduce a lo biológico; ella es más que un vientre y unos pechos, es más que un sexo. La mujer es ante todo una persona, y por lo tanto está llamada a vivir su dignidad y su fe, de manera que pueda traducirlas en una forma de conducta.

Lucas a través de su evangelio ha mostrado a María, cómo la mujer

bienaventurada, que por su fe se convierte en motivo de júbilo y de bendición para todos aquellos que como ella han creído en la Palabra del Señor.

Haced lo que El os diga

En el evangelio de Juan dos pasajes hacen una referencia directa a María: las bodas de Caná (Jn 2, 1-12) y la escena del Calvario (Jn 19, 25-27), episodios que están bastante relacionados entre sí.

El primer relato de Juan presenta a Jesús realizando su primer signo, el cual mueve a sus discípulos a creer en El.

El texto dice: "Se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos...". Al final del relato, el evangelista concluye: "Así dio comienzo Jesús a sus señales. Y manifestó su gloria y creyeron en El sus discípulos".

Durante la fiesta llega a faltar el vino; nada extraño, teniendo en cuenta que la celebración de una boda se prolongaba por ocho días. Ante esta situación de verdadero aprieto para aquella familia, María expone la necesidad: "No tienen vino". Es una voz de esperanza y de confianza. Pide ayuda.

La respuesta de Jesús resulta desconcertante, sobre todo si se tiene en cuenta que el sentido de la frase no es "qué nos importa a nosotros o qué

tenemos que ver nosotros en este asunto?", sino "qué tengo yo contigo mujer?" o ¿qué hay entre nosotros dos? ¿Cómo puede un hijo decir esto a su madre?

Para entender estas palabras es preciso considerar los diferentes períodos en la vida de Jesús: el primero corresponde a la vida oculta; durante ese período, María es la madre y actúa como tal. El segundo período corresponde a la vida pública, y Jesús quiere actuar determinado únicamente por la voluntad del Padre, no admite injerencias de nadie, ni siquiera de su madre. Este período, según en el evangelio de Juan, se inicia en ese momento en Caná de Galilea. Aquí María es llamada: "Mujer"; ella entra a formar parte de los seguidores de Jesús, no en calidad de madre del rabino, sino de testigo de sus signos. El tercer período es el de la pasión; allí aparece María de nuevo junto a la cruz.

La razón que Jesús da de su respuesta es que todavía no ha llegado su hora.

María, sin más comentarios, dijo a los que servían: "Haced lo que El os diga". La negativa de Jesús hace pasar a María al plano de la fe; Jesús, que vino a hacer la voluntad del Padre, sabe qué tiene que hacer. La fe de María se renueva y crece en cada momento de su relación con Jesús.

Jesús podía no haber ordenado nada, pero dijo a los sirvientes: "Llenad de aguas las tinajas", y añadió:

"Sacad ahora y llevad al mayordomo". Aunque había dicho que no había llegado su hora, Jesús acepta dar un anticipo de la alegría mesiánica; realiza un signo de salvación que permitirá a sus discípulos creer en El.

Será después de la resurrección cuando habrá claridad en la conciencia de los discípulos sobre el sentido verdadero del signo de Caná. A la luz de la resurrección, entenderá que la hora de Jesús era la realización de su misterio pascual.

La actitud creyente de María abre el camino para que los demás crean en Jesús; ella, que inició el proceso de los signos mesiánicos de Cristo, sigue abriendo la mente y el corazón de los hombres, para que logren acercarse al misterio salvador de su Hijo.

María al pie de la cruz

En los dos episodios, que presenta el Evangelio de Juan con referencia a María, ella no es llamada por su nombre propio, sino con los títulos de Madre de Jesús (Jn 2, 1; 19, 25) y de mujer (Jn 2, 4; 19, 26). La hora de Jesús, que en Caná no había llegado, en el Calvario ya está cumpliéndose.

El prodigio de Caná se presenta como el inicio de los signos de Jesús; el Calvario es el preanuncio del gran signo: la Resurrección. En uno y otro acontecimiento la presencia de María es significativa para ella misma como creyente y para los discípulos que encontrarán en ella el apoyo para su propia fe.

En la escena del Calvario María no habla; es Jesús quien dice, dirigiéndose a su Madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego dice al discípulo: "Ahí tienes a tu madre" (Jn 19, 26-27).

Jesús no solamente deja su madre al discípulo, sino que se dirige en primer lugar a ella. Si hubiera querido preocuparse sólo del futuro de María, le habría bastado con dirigirse al discípulo; pero Jesús intenta poner de relieve la tarea que está a punto de confiarle a María. Por eso la llama mujer, es decir, le da una significación comunitaria: mujer es la que está llamada a ser madre, la que puede dar a luz, alimentar y acompañar la vida.

Para María el Calvario es la nueva anunciación de una maternidad universal. Este sentido profundo de las palabras de Jesús, será entendido más tarde por la Iglesia, cuando aclare que la estrecha relación entre Cristo y su madre fue más allá de una simple relación física. Entonces, el afecto y la relación maternal de María se extenderá a todos aquellos por quienes su Hijo ha entregado la vida.

Por la fe en la palabra del Angel, María entró en el misterio de Jesús; por la fe en la palabra de Jesús, María entra en el misterio de la Iglesia.

María se constituye en madre de la familia de los redimidos, que nace del corazón traspasado de Cristo⁵.

Dimensión eclesiológica

María es Madre de Cristo y Madre de la Iglesia. Una y otra maternidad están estrechamente unidas, porque al acoger a Cristo en la Encarnación, María también acogió a todos los hombres como miembros de Cristo⁶.

Estas palabras del Papa Juan Pablo II, dan luz sobre la maternidad espiritual de María en la Iglesia, para con la humanidad. El recorrido que hizo con su hijo en el tiempo de la vida terrena de Jesús, le fue mostrando que su acción maternal no era ni debía ser sólo para El. Sobre la manifestación de Jesús resucitado a María no hablan los Evangelios; pero es de suponer, que quien creyó y vivió los misterios de Jesús durante su vida terrenal, participara de la misma manera en el misterio de la Resurrección. La vivencia del misterio pascual en la vida de María y de los apóstoles, alcanza su plenitud en Pentecostés. Es en este acontecimiento anunciado por Jesús, en donde se realiza propiamente el nacimiento de la Iglesia. También aquí están presentes el Espíritu Santo y María.

María engendra por la fe y por la acción del Espíritu, al nuevo pueblo de Dios.

María perteneció a un pueblo, fue miembro de la comunidad judía. El acontecimiento de Jesús la desarraiga de esa tradición, para que inicie junto

5. Cfr. Puebla N° 287.

6. Cfr. Juan Pablo II. "María Madre de la Iglesia", meditación dominical 3.I.88 Periódico: L'Observatore Romano, 10.I.88, 1.

a El, la peregrinación que la introducirá en otro pueblo. Ella debe pasar de una comunidad a otra; la intervención de Dios en su vida le ha cambiado su camino; el paso por la alegría de la anunciación y del nacimiento de su Hijo, por la expectativa de los signos y del mensaje del Rabí de Nazaret, y luego la muerte de Jesús, la hacen traspasar el umbral del antiguo pueblo, para entrar en uno nuevo: la Iglesia, fundamentada en Jesús y en los apóstoles.

El texto de Lucas en Hechos 1,14 sitúa a María, reunida con los apóstoles y demás discípulos, en el acontecimiento de Pentecostés: "Todos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María la madre de Jesús, y de sus hermanos".

Es muy significativo que se recuerde a la Virgen con su propio nombre, acompañado del título: "la madre de Jesús". Ella no está separada de la comunidad, aunque tiene una misión excepcional y única. "María está situada en un contexto pneumático, eclesial-comunitario y misionero"⁷.

Con su presencia está testimonian-do la acción del Espíritu en ella: primero, cuando fue cubierta con su sombra, para que naciera Jesús, y ahora, cuando se está produciendo un nuevo nacimiento en el Espíritu en el Espíritu, el del cuerpo de Jesús, que es su Iglesia.

María con su presencia está demostrando la validez del camino de la fe recorrido junto a su hijo y la fidelidad en la escucha y seguimiento del mensaje predicado por Jesús.

La presencia de Cristo resucitado, la efusión del Espíritu y la presencia de María, testigo de estas realidades, hacen posible la comunidad cristiana inicial.

El acontecimiento que brota de esa experiencia pascual será proclamado a toda la humanidad por los apóstoles y por todos aquellos que, al tener la experiencia del Resucitado, se convierten en testigos de la irrupción de Dios entre los hombres, por medio de su Hijo. La fe de María, comunitaria, compartida, convocadora y expansiva, la hace, además de Madre, miembro de la comunidad eclesial. "Miembro excelentísimo" como la proclama el Concilio Vaticano II, reconociéndola además, como prototipo, modelo y signo de segura esperanza para la Iglesia⁸.

María es miembros de la Iglesia por su asociación a Cristo Jesús, que anticipa en ella de modo singular, los frutos de la redención, colocándola como la primera redimida entre los hijos de Adán; y es miembro además, porque por su intercesión se hace solidaria con todos los hombres, hermanos de Jesús y miembros de su cuerpo místico, que es la Iglesia.

7. NAVARRO PUERTO, Mercedes. "Creyente" en Nuevo Diccionario de Mariología, pág. 533.

8. Cfr. Lumen Gentium Nº 53 y Nº 68.

María es prototipo de la Iglesia, porque en ella la Iglesia glorificada, como la describe la visión del Apocalipsis: "la mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y coronada de doce estrellas" (Ap. 12, , ya tuvo su plena realización. María está glorificada al lado de su hijo, porque fue fiel en cumplir y testimoniar su palabra⁹.

María será también modelo para la Iglesia, principalmente como madre-virgen, entendiendo la maternidad como fecundidad espiritual y la virginidad como vivencia de la fe en la fidelidad a Cristo.

Si bien es cierto que el único modelo ejemplar para la Iglesia y para cada cristiano es Jesucristo, María por estar íntimamente unida a El, a su obra salvífica y haber sido redimida de la manera más sublime, participa también de su luminosa ejemplaridad.

Además, la Virgen María, brilla por la sublime ejemplaridad de sus virtudes: es modelo de la Iglesia "en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo"¹⁰.

La Iglesia, creciendo en las virtudes teologales y en la obediencia a la voluntad divina, se hace cada vez más semejante al sublime modelo de María.

María, como primicia de la redención, es también "signo de esperanza cierta y de consuelo para la Iglesia y para cada uno de los hombres, hasta que llegue el día del Señor"¹¹.

María, que ya ha llegado a la meta, "el día del Señor", a la plena luz de la gloria, es un signo cierto de que la Iglesia puede alcanzar su plena realización; es garantía de la esperanza del cristiano y es estímulo para caminar hacia la transfiguración total en Dios.

María en la Iglesia evangelizadora

María es imagen y prototipo de la Iglesia no sólo en la maternidad, en la virginidad, en el amor a Cristo y al hombre, en la vida espiritual, sino que, a través de su acción de Maestra de la vida, es a la vez modelo de la Iglesia evangelizadora.

María habla con su santidad; con ella demuestra la verdad y la eficacia de la "palabra" en su vida, enseña a creer, a acoger, a responder humilde y plenamente a la voluntad de Dios.

En la exhortación apostólica de Pablo VI, "Evangelii Nuntiandi", María es llamada "la estrella de la evangelización" (Nº 82), porque su plenitud de gracia ilumina el evangelio, al evangelizador y a la Iglesia evangeli-

9. Cfr. Ap. 12, 17.

10. Const. Dogm. Lumen Gentium Nº 63.

11. Ibidem. Nº 68.

zadora. María ayuda a quien lleva el mensaje y a quien lo recibe, colaborando para hacer comprender y vivir el evangelio.

Para quien escucha la buena nueva, María sigue siendo la Virgen de la epifanía, que le presenta a Jesús para que le conozca; pero también sigue siendo la Virgen de la anunciación, que le ayuda a pronunciar su "fiat", que le permita acoger al Hijo de Dios en su vida.

Para quien evangeliza, María es signo de fidelidad y de fecundidad en la fe, porque su presencia en la Iglesia es de constante intercesión ante el Señor, para que el Espíritu ilumine y acompañe el llamado y la respuesta inherentes a la evangelización.

En el organismo de la vida de fe, este carisma femenino-maternal es esencial; sin María el evangelio quedaría privado de su mejor comentario viviente: una mujer en quien por su fidelidad total a Jesucristo, se dieron: el gozo en la apertura a la palabra de Dios; la esperanza en el cumplimiento de las promesas del Señor y el compromiso de una respuesta que transformó totalmente su vida.

María en la evangelización de América Latina

Es un hecho que los primeros misioneros hicieron de las devociones fundamentales del cristianismo, un medio para evangelizar. La devoción al Cru-

cificado, a la Pasión de Cristo y a la Virgen bajo diversas advocaciones eran parte del contenido básico de la predicación y de la enseñanza catequística.

Estas devociones entraron profundamente en la religiosidad y en la cultura de indios, mestizos o hispanos.

La devoción a la Virgen María fue una de las más acogidas, que se extendió con más solidez por todos los pueblos de América. Esta devoción constituyó uno de los factores más importantes para la evangelización. Las razones de esta acogida de María en el Nuevo Mundo son diversas: la herencia del catolicismo ibérico, las diversas comunidades religiosas que vinieron y que en su mayoría veneraban de manera especial a María, bajo alguna advocación, las mismas tradiciones nativas, que establecían una relación especial entre la madre y la tierra y ciertos rasgos de las culturas americanas, que le concedían valor especial a lo afectivo, a lo familiar.

Lo que se quiere acentuar aquí es el papel importante de la figura y devoción mariana en la extensión misma del cristianismo en América. Esto no se explica sólo por razones religioso-culturales, sino que está confirmando un punto de la teología mariana: "María conduce a Cristo; Ella, por su cooperación libre en la nueva Alianza de Cristo, es junto a El protagonista de la historia"¹².

12. Puebla N° 293.

María es protectora y educadora de la fe de los hijos de la Iglesia; esta gracia maternal se ha revelado muchas veces en la historia de las misiones en los pueblos.

La fuerza de la devoción mariana no tuvo el mismo impulso en todos los pueblos desde el principio. Se van dando etapas: en México se da casi desde el comienzo de la conquista, con las apariciones de la Virgen de Guadalupe al indio Juan Diego (1531). La imagen impresa en la tilma del indio despierta en los nativos la más pura y arraigada devoción: "Noble indita, noble indita, Madre de Dios! Noble indita, toda nuestra"¹³, gritarán los indios al ver la imagen de María.

Es un momento privilegiado para los nativos de América, que tienen en el indio Juan Diego el símbolo de la situación de opresión y humillación de la raza, pero que también encuentran en María a la Madre que se manifiesta acogedora, tierna y amorosa. Con la manifestación de la Virgen María en el Tepeyac comienza una nueva historia de la mariología en América Latina.

En otros países esta devoción aparece más fuerte durante las épocas de la colonia y de la independencia. En efecto, muchos padres de la patria invocaron la protección de María, según la devoción más popular de los

países: en México la Virgen de Guadalupe; en Chile la Virgen del Carmen; en Colombia, Nuestra Señora de Chiquinquirá.

Estas devociones se han ido consolidando a lo largo de los años y así la Virgen María entra a formar parte de la identidad de los pueblos en América Latina. Ella es parte integrante del catolicismo en nuestra tierra.

La mariología en Puebla tiene un doble contexto: uno amplio que es el bíblico-eclesial y otro más restringido que es el religioso-popular, en el cual se ha desarrollado la devoción mariana de los pueblos latino-americanos.

Estos dos contextos no están absolutamente separados, sin que se interrelacionan mutuamente.

El misterio de Cristo y de la Iglesia, incluida en ella la Virgen María, se vive en comunidades concretas de hombres, que manifiestan su fe cristiana a través de la religiosidad y de la piedad popular; entendiendo por religiosidad popular la manifestación externa que se expresa en palabras, acciones, gestos y comportamientos; y por piedad popular, lo escondido, la fuente interior de la que proceden las manifestaciones externas¹⁴. Son dos aspectos integrados de la misma realidad: el pueblo o el hombre religioso. Una religiosidad denominada popular, porque las manifestaciones

13. GONZALEZ DORADO. *De María Conquistadora*. Pág. 38.

14. Cfr. AGOSTINO G. "Piedad popular" en Nuevo Dic. de Mariología.

más significativas se dan en los grupos o pueblos pobres y sencillos.

Los pueblos de Latinoamérica han vivido su cristianismo en íntima relación con la devoción mariana. En Puebla se afirma que María pertenece a la "identidad propia de estos pueblos"¹⁵; de modo que todos los santuarios marianos latinoamericanos, comenzando por el de Guadalupe, "son signos del encuentro de la fe de la Iglesia con la historia latinoamericana"¹⁶.

Con frecuencia en estos pueblos la piedad mariana ha sido el único vínculo que los ha mantenido fieles a la Iglesia, sobre todo en sectores que carecían de atención pastoral adecuada.

La Virgen María, bajo los diversos rostros de sus advocaciones, preside y acompaña la religiosidad del pueblo, que reconoce en ella a la Madre de Cristo, pero también tiene la certeza de que es la madre de todos y de cada uno.

Esta relación afectiva y vital del pueblo con la Virgen María ha propiciado su devoción y ha hecho que el pueblo elabore su propia "teología mariana", que incluye grandezas y limitaciones, valores y antivalores, expresiones de fe auténtica y también incoherencias.

15. Puebla N° 283.

16. Puebla N° 282.

17. Puebla N° 333.

Para la pastoral de América Latina, que enfrenta hoy el desafío de evangelizar de nuevo a las multitudes marginadas, la religiosidad popular mariana constituye un punto de partida y una gran esperanza de hallar el camino que lleve a los hombres y a las culturas a reencontrarse con el Dios de Jesucristo.

La Virgen María, con su carisma femenino-maternal, rico en valores evangélicos, puede nutrir de una manera nueva la fe cristiana y el compromiso del pueblo en la búsqueda de justicia y de liberación integral.

Dimensión paradigmática

Puebla presenta a la Virgen María como "la figura concreta en la que culmina toda liberación y santificación en la Iglesia"¹⁷. Liberación y santificación dos aspectos de un mismo ideal, al cual está llamado todo hombre.

El tema de María en la liberación cristiana e integral de los pobres y oprimidos surge como el resultado del encuentro entre la devoción popular mariana y la aspiración de esos mismos pobres en busca de su dignidad, de sus derechos y de su libertad, violados por sistemas socialmente injustos y muchas veces políticamente opresivos.

¿Pero cómo influye la piedad y espiritualidad popular mariana en las aspiraciones y tareas de liberación de los pobres? El papel de María en la liberación es revelar por el testimonio de su vida, las actitudes cristianas que deben acompañar a todo proceso de liberación. Ella, a la vez que es signo de esperanza en la liberación total de los pobres y sufrientes, muestra el camino auténtico de libertad de toda forma de servidumbre humana.

María testimonia, por su pobreza y humildad, que la verdadera liberación no está en hacerse rico, ni en buscar poder para abusar de otros más débiles, ni en acceder al desarrollo para caer en servidumbres nuevas como el materialismo y el consumismo.

La verdadera liberación cristiana es aquella en que se llega a la plenitud de la dignidad humana, reconocida y respetada; liberación que se fundamenta en la solidaridad fraterna, porque cada persona reconoce y respeta la dignidad de otro, a la vez que descubre el rostro de Dios en el hermano. La verdadera liberación hace de cada hombre y de todos los hombres: "hombres nuevos", hombres recreados, hombres bienaventurados.

Esta actitud de María está condensada en el Magnificat, que se ha constituido en un texto clave para entender la actitud de la Virgen en la liberación de los pobres¹⁸.

El Magnificat es la constatación de que las promesas de Dios, que se han comenzado a realizar con la venida de Cristo, por las que María da gracias al haber sido elegida como humilde instrumento, incluyen la realización de un reino de justicia entre los hombres. Un reino que enaltece a los humildes y derriba a los poderosos, que colma de bienes a los hambrientos y despide vacíos a los ricos (Lc 1, 51-53). Esta promesa forma parte de la esperanza de los pobres, de la cual María es un testigo privilegiado.

Pero la liberación no se queda en un plano meramente material-sociológico; la liberación toma al hombre total, para llevarlo a su plenificación como "hijo de Dios", para hacer de él un hombre "nuevo".

Los dogmas de la Inmaculada Concepción y de la Asunción iluminan la auténtica condición del hombre, llamado a realizarse como nueva criatura.

El dogma de la Inmaculada Concepción nos ofrece en María el rostro del hombre nuevo redimido por Jesucristo. La Virgen Inmaculada es la creación íntegra; ella es el modelo deseado por Dios para la creación entera.

La Inmaculada es el ejemplo de la perfecta realización del hombre movido por la gracia; es el prototipo del hombre y de la mujer, que en una respuesta sincera a la voluntad de

18. Puebla Nº 297.

Dios, recorren el camino de las bienaventuranzas propuesto por Jesucristo. En la Inmaculada es posible ver la cumbre a la que ha llevado Dios a María e intenta llevar a todos los hombres.

Ella es lámpara sobre el candelero, "ciudad en lo alto del monte", no sólo para los cristianos, sino a través de ellos, para todos los hombres. El cristianismo puede presentar ante el mundo a María Inmaculada, como la mujer en quien se han cumplido todos los deseos de integridad y plenitud, de quienes buscan sinceramente a Dios. Ella es la síntesis de todas las peticiones existenciales nacidas del corazón de los hombres y es también la síntesis de la respuesta que Dios ha dado a esas peticiones.

También el dogma de la Asunción trae un mensaje particular para el hombre de hoy; mensaje de esperanza, porque en María se ha realizado ya lo que Jesús prometió a sus discípulos y en ellos a cada uno de nosotros: "Cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo, estéis también vosotros" (Jn 14, 3).

La Asunción significó para María el encuentro definitivo con su hijo, que la precedió en la gloria. Ella, que estuvo asociada al misterio de la vida

terrena de Jesús, encuentra su sentido pleno en la configuración con Cristo resucitado y glorioso¹⁹.

La Asunción celebra el pleno cumplimiento del misterio pascual de Cristo en la Virgen María.

En María la Iglesia conoce con gozosa anticipación el final feliz de su historia; ella es "imagen y primicia de la Iglesia, que habrá de alcanzar su propia perfección en el mundo futuro"²⁰.

María asunta al cielo significa para cada hombre la posibilidad de su propio destino en la gloria.

María en toda la integridad de su misterio, pero principalmente como Inmaculada y como Asunta al cielo, aparece ante el pueblo latinoamericano, como un gran carisma, como un regalo de Dios, que El ofrece para llegar a la realización en Cristo.

El pueblo, que así lo ha entendido, busca a María en la Iglesia católica, porque reconoce que allí encuentra a la familia de los bautizados que tienen por Padre a Dios, por hermano a Cristo y por madre a la Virgen María²¹.

Conclusión

La evangelización tiene como meta al hombre en su proceso de liberación de todas las esclavitudes, para que se transforme en un "hombre nuevo" y a

19. Cfr. Puebla Nº 298.

20. Lumen Gentium Nº 68.

21. Cfr. Puebla Nº 285.

su vez, constituya sociedades y pueblos nuevos. María, identificada con la cultura y con los pueblos de América Latina, es en su fidelidad, en su pobreza y en su compromiso el signo y la esperanza de que ello es posible.

En esa mujer de Nazaret los pobres ven a una de su raza vencer el desconsuelo, la angustia y la sensación de fracaso, tentaciones que acecharon a María desde la aceptación de su compromiso en la Anunciación hasta su consumación en el monte del Calvario.

Como en ella siempre estuvo latente "la perspectiva escatológica del cristiano", puede encarnar para todas las generaciones sufrientes la esperanza en el triunfo de la justicia y de la paz; en el triunfo de la reconcilia-

ción sobre la división y del hombre nuevo sobre sus esclavitudes.

Justicia, paz y reconciliación se presentan hoy como prioridades en el contexto de la situación de América Latina. Cuando María en el Magnificat espera en un Dios que derriba a los ricos y poderosos y ensalza a los pobres y débiles, está proclamando el surgimiento de una nueva humanidad donde se rompe el orgullo de los grandes, para abrir camino a los humildes y oprimidos.

De esta manera María se constituye en signo y modelo de libertad y de liberación.

La Iglesia, mirando hacia María, puede descubrir y comprender mejor el sentido de su misión salvadora.